

La Universidad Nacional Autónoma de México me ha honrado singularmente al comisionarme para pronunciar estas palabras en el homenaje que aquí se rinde a la vida de la memoria del escritor Rojas González, de quien, sin duda, algunos y algunos siendo admiradores aquellos a quienes ahora agrego su recuerdo.

Es designación hechas en mi favor me sorprenden poco, al conoerla, porque pensé que hay en la misma Universidad y entre quienes trabajan con él, entre sus compañeros de trabajo, la persona para traer a su atención a este homenaje, el que, desde luego, me habría unido espontáneamente. Sólo me preciso esa designación, interviene, por el hecho de que fue profesor en los centros de litratura universitarias distintas, aparte de una amistad que partía de preferencias literarias afines, traté con mayor frecuencia a Rojas sobre todo en los días últimos años de su vida. Me complacé, pues, haber de él como universitario.

Sus conexiones con la Universidad se afirman a través del Instituto de Investigaciones Sociales, del cual fué investigador.

Desintereado, como tienen que serlo quienes trabajan para una de nuestras universidades, que es la capital de los Estados Unidos de América, porque a la devoción por ese trabajo, en si, tiene que unirle una alabrazón que a veces llega al sacrificio. Francisco Rojas González, que trabajó en la Universidad de México, en 1934, con una sola trepa de fines a 1940 a principios de 1947, tuvo, como sueldo inicial, una remuneración de \$30.00 mensuales, en el sueldo universitario de 1950 distribuido del sueldo a su muerte, y en los dos años inmediatos sólo obtuvo un aumento de \$15.00. Durante los nueve años que van de principios de 1937 a fines de 1945, fué de \$10.00 diarios; de 1946 a 1949 ganó unos \$50.00 mensuales, y sólo al iniciarse el año universitario de 1950 distribuido del sueldo de investigador de carrera, que primeramente fué de \$1,200.00 mensuales, y en el último año de su existencia aumentó a \$1,380.00.

He querido recordar sus datos, no sólo para mostrar la línea ascendente que siguió a lo largo de dieciocho años de servicios en la Universidad Rojas González, que fué elevándose por sus propios méritos como investigador científico, hasta alcanzar la cima a la cual puede aspirar dignamente quien se consagra a tal empresa. Lo he hecho también para que se conozca que a pesar de haber sido investigador científico, sólo en dos años, los últimos, recibió la recompensa pecuniaria a la cual tenía derecho con anterioridad, aunque con un salario más que de profesor en la Institución, hubiera impedido gratificarlo desde antes como merecía.

Quiénes trabajaron con él y los que como yo, en relación de tipo editorial universitaria, se dedicaron a su obra, sabemos bien que fué tan eficaz en aquellos años en que estaba escasamente remunerado, como en los últimos en que percibía el remunerado justa por sus esfuerzos. Rojas González fué siempre un investigador que mantuvo en tensión constante su espíritu, en gran parte porque tal era la guerra definitiva. Esa tarea universitaria le permitía estar en contacto con los humildes, en la ciudad y en el campo. Observar de cerca, no sólo sus usos y costumbres sino sus virtudes y sus defectos, era para él un deber como escritor que se apoya en la realidad para finalizar en sus relatos, su maestro por excelencia, pero que en sus cuentos reservara colores con sus estudios de carácter universitario ferocemente, los resultados de sus observaciones. Desde el punto de vista social no podría decirse que sus cuentos fueran científicos, pero específicamente literaria; dejó en sus artículos publicados en monografías y revistas especializadas —la que era órgano del Instituto mencionado— los resultados de esas observaciones a los aspectos que más directamente se relacionaban con su misión investigadora, muchas de sus observaciones de carácter social, recogidas en sus tierras de cultivo, donde él habitaba descendientes de otros tarascos, de rectos zapotecos o de otras regiones, y a la vez en sus viajes de campo, que supo aprovechar debidamente en sus narraciones breves o extensas.

Esto lo saben mejor que yo quienes han estudiado su obra en conjunto, y sólo lo hago ahora para que los amigos que desde el exterior han estado interesados en la vida de esta universidad, han tratado de explicarle la tónica imperante en cuentos y novelas, pues no sólo en sus procedimientos estilísticos, sino también que se dedican a recopilar sus datos con el intuito de ser útiles a la organización de un libro de las obras completas, que sería el homenaje propiamente a la memoria del investigador, del hombre de letras, a quien honraba el título de doctor en Letras. Para confirmar lo anterior, bastará por ahora con la formación de su bibliografía original y crítica. Pero como esto ya lo tiene en su poder el universitario a que debo limitar mis palabras.

# Francisco Rojas González

Por Francisco MONTERDE

El 11 de diciembre último, al cumplirse en año de la desaparición del escritor de la vida de Rojas González, se efectuó una velada conmemorativa organizada por el Bloque de Obreros Intelectuales, Hombres en el seto los días 20 y 21 de febrero, en el salón de la UNAM, de Dios Rojón, Práxedes Montealegre (en representación de la UNAM), Manuel Germán Parra y Alberto Pulido Silva.

Tampoco puedo por eso entrar en la zona íntima de los recuerdos personales, entre los que figura, ahora amplificado por la ausencia definitiva, el de nuestra última charla, sentados a la misma mesa, en la noche en que se readministró el homenaje al licenciado Jesús Silva Herzog; noche en la cual salimos juntos de la reunión y nos separamos en la Avenida de los Insurgentes, sin que yo sospechara, hasta el día, que aquella despedida era la última. Tampoco puedo incluir en estas palabras algunas suyas en las que me hizo partícipe de sus proyectos, largamente acariciados, para integrar un periódico de novelas en torno a tres figuras femeninas, de las que sólo dos conozco. De eso y algo más he aquí quien hablé y escribí, obra de Francisco Rojas González y su obra.

Yo debo concluir con la afirmación, hecha con directo conocimiento de causa, por haber sido lector de muchos de esos originales, de que mantuvo siempre el interés de la vida por los listados a los verdaderos escritores, a los que tienen un mensaje que transmitir con sus creaciones; ésa creaciones que son, a la vez, del espíritu y del tesón de cada día; para eso me solidarizaré con los organizadores de este homenaje: homenaje que rinde el "Bloque de Obreros Intelectuales" a quien fué, en el sentido más alto y noble, la expresión, como investigador y como letrado, un intelectual obrero.



## Las Magias de las Letras

Por Germán ARCINIEGAS

EN esta iniciación del Harlem portorriqueño me la guido, como el hermano mayor, Jesús "Gelin", de cuando él me la llevaba a la tienda de las velas he visto en su cara de vaso honesto e intranigente — que se me perdona tanto pleanesmo— un gesto de repugnancia. "Ésto no es auténtico — me dice—: ves qué modo más indigno de comerciar..."

En realidad, los del negocio no son auténticos magos. Son auténticos comerciantes. Pero la gente que llega a comprar las velas si es auténticamente cretuda. Por ahí no hay turismo. Hay la comunicación directa entre el que fabrica y vende las velas de colores, y el negro y la morena, y el simple portorriqueño que las compra.

Es la gran tienda de las velas hay muchos libros en inglés. Uno cuantos títulos dan buena idea de lo que se ofrece: *Andy Adams, Seven Keys to Power, The Master Book of Cordons, Legends of Incense, Herb and Oil Secrets of the Prisms, Six and Seventh Book of Moses...*

En libros de símbolos la variedad es inmensa. Entre los de la Estrella Afortunada, el del Egipto, el del Poder, el del Rey, el del Policia, el del Principio Axi, el del gato negro, el del Rajah Rabo, el Famoso de los Gitanos, de las velas se basan en las plantas, y así y así he tenido que acudir al *Master Book of Cordis Burning*. Son así: para el domingo, las azules; que a la hora del día, los azules, rojos; para el miércoles, púrpuras; para los jueves, azules; para el viernes, verdes; para el sábado negro. Cada persona, según la fecha en que ha nacido, tiene su color de vela.

Hay una tabla de símbolos que están comúnmente aceptados, o sea de "Influencias de la vibración de los colores", que se resumen así: blanco: pureza, verdad, fuerza espiritual; rojo: amor, salud, vigor; azul claro: frialdad, control del pensamiento; azul obscuro: acidez, infortunio, depresión; verde: dinero, éxito en los negocios, buenas cosechas; amarillo oro: atracción, magnetismo hipnótico, fascinación, alegría; amarillo verde: celos, cobardía, discredición, etcétera. Si usted quiere saberlo todo, pues compare el libro.

El arreglo de las velas, la colocación personal en que deben distribuirse, da lugar a estudios que he llamado "Magias de las velas", en los que se explican de acuerdo con citas del Antiguo Testamento. El culto del fuego está en la raíz de las velas, y naturalmente puede hacerse mucha literatura sobre el tema. Lo importante es el arte de vestir las velas, para lo cual hay muchos aceites que se venden en la misma tienda. Está el aceite del espíritu dominante, el de los buenos sucesos, el de alcanzar la gloria, el del arte negro, el de Cleopatra, el hindú, el del fuego de amor, el de la corona del éxito, el de la doble cruz, el de la confusión incendiaria, el del rey Salomón...

Los italianos precavidos y mágicos dicen: *Acquiere una candela a Dio (o a Sant'Antonio) e non la accendi.* En el diccionario español de dan tres acepciones al velorio, con las cuales apenas se cubre un sector limitado de lo que ordinariamente nosotros ocupamos con esta palabra. Recuerdo con haber, cuando yo era joven, personas que durante la noche se celebraba en las casas de los pueblos, con ocasión de alguna fatalidad doméstica; velatorio, especialmente para velar a un niño difunto; Ceremonia de tomar el velo una monja.

Ahora los magos y los fabricantes de velas —he olvidado mis muchos intermedios que abarcan todo lo que a la luz de una vela pueda imaginar el hombre que trata de brugar en el mundo sin límites del misterio, de la angustia, el escape, la pasión y el ensueño.

Una tienda de libros es de esta manera: estantes, montones de cajas, insignes de santos en policromía, incensarios, pinaceros, agua florida, hojas de crisolitos, de yerbabuena, agua de borraja, flores de ruda, pachuli, ojos de boya, hojas de venado, lágrimas de San Pedro, roarros, carpetas en donde están coleccionadas las hojas de oraciones y velas, negros que esperan a comprar, latinos que salen de comprar, y, además, libros.

Los libros que se venden son la *Maja Blanca de Escudero Velaz, la Maja Negra, el Anual de Escuder Velaz, la Charola China, la Imitación de Cristo y el Almanaque Bristol*. De cómo ha podido ponerse así la imitación de Cristo, cosa que hubiera de investigar. Los clientes van llegando con sus listas, exactamente como las listas que se hacen para ir al mercado, y van pidiendo un paquete de flores secas, un paquete de hojas de borraja, la Oración del Justo Juez, la Oración de las Siete Potencias Africanas, una caja de incienso...

Me compró una cajita de incienso pedroso. Traduzco exactamente lo que dice en la etiqueta: "El incienso dominante, según se creyeron los orientales, produce el poder de dominar a la persona que se desea que obedezca; que el humo se abraza a los planos del espíritu con los nombres de las personas que querían dominarse. Las personas de voluntad débil no pagan, ni se resisten a la obediencia, por lo que los resultados se obtienen cuando este poderoso incienso aromático se abrepta fuertemente en la mano derecha antes de quemarlo. Los nombres de las personas que se desean dominar deben repetirse, agregando las palabras Allah y Allah Shindah."

Seguramente la manera más íntima de obtener buenos resultados es en la forma de escribir en combinatorio con la Oración a los 7 espíritus intranquilo dominantes, que dice así (todo, textual):

"Oh! siete Espíritus Intranquilo, Suggestivos y Dominadores, vos que en el infierno estáis y al Cielo no podéis entrar por nuestros lazos con Satanás, consiguérme lo que os pido, por el poder del hombre; me permito que conceder por las 21 llamparas que os ofrezco para que me conceda lo que os pido.

"A vosotros que nadie os llama, nadie os quiere, yo los necesito, los quiero y los llamo. Dime. Quiénes son los que están en posesión de los cinco sentidos de (F. de T.), lo intranquilen y lo sugestionen y dominen y no le dejen estar tranquilo, que ni en sí misma pueda sentir. Quiénes son los que están en posesión que ni con blanca ni con negra, ni china ni puída, ni casada ni soltera pueda asociarse; ni acostarse. ¿Que corra, corra y corra y nadie le acorra hasta que tenga que venir a pedirme perdón a mis pies.

"(F. de T.), vos que doce y todavía no has venido dicho ni, pero tiene que sugerir vos los Siete Espíritus Intranquilo, Suggestivos y Dominadores te han de traer, por qué así lo pido yo.

"Oh! Siete Espíritus Intranquilo, Suggestivos y Dominadores, id dondequiera que (F. de T.) está intranquilo, sugestionado y dominado, que dondequiera que tenga que venir adonde yo, y andar detrás de mí, como perro de su amo, como vivas, detrás de la cruz y los muertos, detrás de mí.

"Oh! Siete Espíritus Intranquilo, Suggestivos y Dominadores, traedme a (F. de T.) en tres días paradas en el piso y se dice: (F. de T.) en tres días paradas en el piso y se dice: Nuestros 5 And Atrás, y no se dice Amén."

Las bases genéticas de esta punta del barrio de Harlem van llegando a la librería, un poco confusas, como quien se acerca a la meta del destino. Recuerdo con haber, cuando yo era joven, personas que durante la noche se celebraba en las casas de los pueblos, con ocasión de alguna fatalidad doméstica; velatorio, especialmente para velar a un niño difunto; Ceremonia de tomar el velo una monja.

Al salir de la librería, salgo pensando en mi primer libro de cabecera, el que me inició en las letras, donde primeramente me enseñé, donde no los siglos de los siglos, en aquella época que arrastraba trenes de cajas de sardina, paquetes de arena, por estas calles, cuando era niño, y ahora aún encontrada en las alturas de un Gobierno.

Al salir de la librería, salgo pensando en mi primer libro de cabecera, el que me inició en las letras, donde primeramente me enseñé, donde no los siglos de los siglos, en aquella época que arrastraba trenes de cajas de sardina, paquetes de arena, por estas calles, cuando era niño, y ahora aún encontrada en las alturas de un Gobierno.

Al salir de la librería, salgo pensando en mi primer libro de cabecera, el que me inició en las letras, donde primeramente me enseñé, donde no los siglos de los siglos, en aquella época que arrastraba trenes de cajas de sardina, paquetes de arena, por estas calles, cuando era niño, y ahora aún encontrada en las alturas de un Gobierno.